

Raúl Aguiar

Figuras

¿Tendría que esperar mucho hasta que llegaran Lezama Lima y el Chinolope?

Casi era una respuesta. Usted se hallaba sentado en uno de los bancos de la plaza de Armas, frente a los jardines y la estatua de Céspedes y a espaldas del palacio de los Capitanes Generales, observando cómo los gorriones picoteaban las migajas arrojadas por tantos comensales espléndidos, los cafés tan antiguos que merecerían blasón y portero atildado, y entonces se complacía de haber caído en esta isla como a un pozo, una isla túnel donde sólo era un rostro más, un poco raro pero común, feliz de poder caminar por las calles en compañía de amigos tan valiosos como Retamar, Lisandro o el mismo Lezama, tan intimidador, ese *lento volcán de palabras*, sentarse en un parque a descansar sin la obligación de estar firmando autógrafos ni ocultarse bajo las gafas, sencillamente estar, decir la hora o responder un saludo como alguien más de ese río, de sentirse como en casa, en pleno enero que parecía un verano en París, al suroeste de cualquier editor, periodista o fanático empecinado, en pleno punto encauzador de nuevos destinos, Cuba, sin saber que tú en esos instantes te acercabas por Obispo, dejándote inundar de ritmos y sonidos de la ciudad antigua, tratando de evitar que otros descubrieran que habías llorado tanto, que estabas triste y sólo querías un poco de magia, unas palabras de consuelo. Allá, un viejo se empeñaba en vender monedas con la efigie del Che a unos turistas, y ellos riéndose, se negaban con un gesto para luego observarte, medirte, tal vez con deseo, pero sin poder adivinar que hoy sólo traías vacío en el silencio, ya te era imposible dar vuelta atrás, el tiempo siempre furtivo, irreversible, pensando que sería mucho mejor entregarte a los ecos y resonancias de un renacer a lo fénix, que recordar entre lágrimas lo sucedido

hacia tan sólo unas horas, que después de la droga no sentiste nada, y entonces ellos te usaron como si fueras algo desechable, sin siquiera pagarte.

Ahora pasas a un lado del palacio y atraviesas la calle en dirección a la plaza de Armas, avanzas con la cabeza gacha, sin notarlo a usted sentado en uno de los bancos de mármol del parque, leyendo un libro grueso y difícil y que tampoco se ha percatado de su presencia. Tú te sientas a su lado y usted interrumpe su lectura para observarla con disimulo y descubrir sus ojos con la pintura corrida. Por la expresión, usted la percibe tan solitaria que le recuerda un animalito abandonado, quisiera preguntarle pero se sabe poco divertido como contertulio, vuelve a leer pero pesa demasiado el silencio de las cercanías, piensa que no hay tampoco por qué ir de puntillas por la vida, escondiéndose o metido para adentro, siempre los argentinos, sacando las uñas o señalando defectos, al final uno llega a comprender que esas poses no sirven de nada, para qué la vanidad en un planeta donde todos visten el mismo latido, la misma equivocación, al final todos delante del plato que espera un poco más (siempre un poco más), esta muchacha parece respirar apenas por cierta cicatriz de un descalabro. Ella tiene la expresión de alguien que no sabe cómo va a seguir viviendo.

Usted no desea ser indiscreto y decide mantenerse por un rato como un árbol, recio e indiferente, mientras que tú sólo buscas salvarte con una frase que te encadene a tierra firme, luego de la noche agazapada por la bestia. Sacas un cigarrillo y rebuscas en la mochila, pero el encendedor quedó para siempre en aquel cuarto maldito. Observas a tu vecino de banco y te sorprendes de su estatura, el hombre más alto que se puede imaginar, con cara de niño y los ojos muy separados. «¿Tienes fuego?», le preguntas, y usted se alegra. De pronto en la plaza el sol ofrece una luz de siete colores. Le ofrece su encendedor y tú prendes el cigarro, aspiras dos bocanadas e intentas sonreír. «¿De qué país vienes?» Los cubanos no andan pensando mucho para tutear a alguien, y eso a usted le fascina. Es para desnudarse en el acto, como si se estuviera frente al mar. Puede que ésa sea la causa, piensa; el mar tan constante, siempre a unos metros. De todas formas usted la imagina entre malezas, inerte. No es cuestión de silbar y lavarse las manos. «Argentino», contesta, y de pronto extraña a Aurora y con ella una botella de vino; en Cuba no hay vinos, bueno, sí, hay uno, espumoso de naranjas, pero ésta no es tierra de vinos, el ron los ha conminado a retirada.

Tú le preguntas: «¿Eres artista?, ¿actor? Me parece que he visto tu cara por algún lado».

Usted le fija la mirada y luego mueve la cabeza a los lados: «Escritor».

«Ah, ¿y cómo te llamas?»

«Julio.»

«Yo soy Karla.»

«Mucho gusto, Karla.»

«Eres escritor, argentino y te llamas Julio. Sólo falta que te apellides Cortázar.»

«¿Entonces me conoces?»

«¿Estás bromeando?»

«¿Por qué?»

«¿Usted se llama *también* Julio Cortázar?»

«¿Por qué también? ¿Acaso hay otro?»

Ella de pronto parece algo molesta: «Por supuesto que no. Sería demasiada casualidad. Y mucho menos que no lo conozcas. Todo el mundo conoce a Julio Cortázar. Se da hasta en las escuelas. Según recuerdo, murió hace ya como quince o veinte años».

Usted piensa en los ritmos, en cómo la gente se obstina en llamar casualidades a hechos que responden a leyes que todavía no se conocen, y muchas veces son tan causales (o inevitables) como el maravilloso suceso de despertarse cada mañana.

«¿Estás segura de que se llamaba así? ¿Y que era argentino? ¿No estarás confundida?»

Piensas que, por lo visto, él va a seguir jugando. Bueno, por lo menos te va a ayudar a olvidar los disturbios y golpes que hace unas horas te cambiaron la vida. Pareces la hermana de tu madre, piensas. Tuviste que pasar por lo mismo: enamorarte de otro estúpido, el último de los imbéciles, y luego regresar llorando como una buena hija refluyente, a pedir perdón, eso si no decides perderte en el océano, nadar hasta cansarte y dejar que las olas te saquen la vida sorbo a sorbo.

«Claro que no. Todo el mundo sabe que Julio Cortázar escribió *Rayuela*. No lo he leído mucho pero...»

«Espera. ¿Decís Rayuela?»

«Sí. Y también muchos cuentos de cronopios. Y *El perseguidor* también.»

Usted de pronto piensa que ella le está tomando el pelo. Estos cubanos, siempre tan bromistas. Pero la muchacha está demasiado seria, como si lo creyera realmente. Claro que podría estar loca, o todo esto ser un sueño, aunque no lo parezca.

«El otro día mi padre se estaba leyendo uno que se llamaba algo así como *Modelo para armar*.»

«62: *Modelo para armar*.»

«Ese mismo.»

Usted encuentra la Falla. Algo que no encaja dentro de la estructura de la Realidad. Ella no puede conocer ese libro, porque todavía no ha sido publicado, es más, ni siquiera ha terminado de escribirlo. ¿Habrá hablado de él en alguna entrevista? No lo recuerda. Inquietante. Usted siempre termina deslumbrado cuando ocurre algo así.

«Ese Julio Cortázar soy yo. Pero, como ves, no estoy muerto.»

«Ya, córtala. No me gusta que jueguen conmigo así. Lo último que me faltaba.»

Pugnas por levantarte, pero usted la detiene por el brazo. El corazón se dispara en percusión de latidos. «Espera. Hay algo que no encaja en todo esto.» Usted busca en el bolsillo de su abrigo y le tiende el pasaporte abierto por la hoja de la fotografía. Tú lees los datos y lo miras con temor.

«No entiendo.»

Abres la mochila y hurgas en su interior, luego le tiendes tu carné de identidad y los ojos de usted se quedan clavados en la fecha de nacimiento. Indudablemente, todo apunta a que esto es un sueño, por lo que decide seguirle la corriente.

«Realmente estoy tan confundido como tú. Dices que ese Julio ya murió. ¿En qué año?»

«No sé bien, pero más o menos por los ochenta.»

«¿Los ochenta? ¿Y en qué año estamos ahora?»

Meneas la cabeza, incrédula: «En el 2003.»

Silencio. Tú piensas que todo esto son todavía los efectos de la droga. Alucinaciones. Usted, sin embargo, cree en la posibilidad onírica. ¿Confluencia de tiempos? ¿O será cierto que ya murió y ahora es sólo un espectro? No, prefiere la explicación anterior, aunque parezca de ciencia ficción. Al fin y al cabo, Cuba siempre le ha parecido un poco surrealista,

ni exclusivamente real, ni exclusivamente fantástica, digamos que una isla llena de gente en la frontera de los dos mundos. «Atiende. Pensás que soy un sueño. Yo opino lo mismo de vos. De cualquier forma, ya despertaremos. Así que mejor lo aceptamos y conversamos un poco, ¿no? En realidad yo estoy ahora en la plaza de Armas, esperando a Lezama Lima y a Chinolope. Estamos en enero de 1967, vine a Cuba como jurado del Premio Casa. ¿Conoces a Lezama?»

«Claro. Yo también estoy en la Habana, en la plaza de Armas, pero en el año 2003.»

Usted finge un aplomo que está lejos realmente de tener.

«¿Y no notas nada raro? ¿Puedes describirme lo que ves?»

Tú miras en derredor, por unos segundos te dejas llevar por el bullicio de la ciudad, los payasos en zancos, los rebaños de turistas asediados por vendedores de periódicos y jineteras. «¿Para qué?», le preguntas. «Todo esto es una locura. Tú eres una alucinación.»

«No lo creo. Recuerda que prendiste un cigarro con mi encendedor. Puedes tocarme, como ves, soy bastante consistente. Como materia, quiero decir.»

«Es cierto.»

«Y si es tan sólo un sueño, o un viaje extraño en el tiempo, ponte en mi lugar. Es maravilloso. De pronto puedo conversar con alguien que conoce el futuro.»

«No creo que te sirva de mucho. En cuanto a tu vida, quiero decir. Tampoco en cuanto a la literatura. Sólo sé que publicaste un montón de libros, y que eres muy famoso, pero nada más.»

«No importa. Podrías hablarme de otras cosas.»

«¿Por ejemplo?»

«Tengo miles de preguntas. ¿Por fin hubo otra guerra mundial? Parece que no, si no, no estaríamos aquí. ¿El hombre llegó a Marte? ¿Y la guerra de Vietnam? ¿Se liberaron más pueblos en América Latina? ¿Qué ha pasado en Cuba en este tiempo? ¿Fidel sigue vivo? ¿Y el Che? ¿Y el socialismo, triunfó por fin? ¿Sabes algo de Argentina?»

«El Che...» Vas a contarle y de pronto sientes lástima. Una tristeza que asfixia. Miras a través de los cristales negros de tus gafas la otra realidad y te arden los ojos. Comprendes que en estos tiempos de precios y plagios se ha

perdido toda forma original, casi nadie ya entiende de sueños, sólo el grillo de hierro egoísta para lastimar, este mundo con su forja de lobos y bombas inteligentes, los robots nacidos del fuego de palabras, maldito nuevo milenio, en el parque se yergue la estatua de Céspedes indicando algo a los pedigüños ahogados en alcohol, a los libreros que vocean con sus tarimas llenas de libros viejos, los vendedores de sexo, como tú misma, olvidados de cualquier verdad, tan sólo la ropa, la comida o la fuga, una resignación de siglos y un vivir en suspensivo, por lo menos tú te sientes liberada de esperas, sólo hubo aquella ofuscación transformada en recuerdo patético. Sí, pero cómo decirle, no es tan sólo un simple juego de labios, tampoco es como confiar la suerte al horóscopo, míralo. Usted espera, los ojos limpios, con su traje anticuado y toda la inocencia impúdica de un escritor de los sesenta, fascinado por la Revolución cubana, por la guerrilla del Che, por tantas cosas... Piensa que sería una lástima despertar ahora y descubrir las paredes del cuarto del hotel sobre los ojos. Tú de pronto desearías haber nacido en aquella época, sin toda la basura acumulada en estos cuarenta años y no saber, no saber... Claro que podrías ir entrándole suavemente, hablarle de guerras lejanas como novelas rosas, o contarle sólo las cosas buenas, o con parábolas, en forma de enigmas, o incluso mentirle, inventarle una realidad alternada, algo así como la caída del bloque capitalista, al fin y al cabo para él sólo eres un personaje de sueños, pero no. Él no se lo merece. Entonces te decides, tomas aire y cuando vas a comenzar a contarle, usted se levanta, dice «Discúlpame un minuto», y se va a recibir a un hombre gordo que acaba de llegar al parque. Le habla con excitación y lo trae al banco. «Les presento. Éste es Lezama.» Lástima que ya para ti sea demasiado tarde. Notas cómo las líneas de los cuerpos comienzan a difuminarse, La Habana desaparece en figuras de geometría extravagante. «¿Con quién hablabas?», le pregunta su amigo, y usted hace un gesto resignado con la mano, señalando el banco, ahora desierto. Y tú, tratando de retener la última visión de sus ojos oblicuos, de pronto sientes ganas de llorar, o de reír. Ahora piensas que vas a tener que empezar a leer, en serio, aunque no te guste.